

EL TRANSHUMANISMO DESDE UNA PERSPECTIVA ORTEGUIANA

DIÉGUEZ, Antonio: *Transhumanismo: la búsqueda tecnológica del mejoramiento humano*. Barcelona: Herder, 2017, 243 pp.

DIÉGUEZ, Antonio: *Cuerpos inadecuados*. Barcelona: Herder, 2021.

JAVIER ECHEVERRÍA

ORCID: 0000-0001-7316-4717

Antonio Diéguez, catedrático de Filosofía de la Ciencia en la Universidad de Málaga, se ha convertido en los últimos años en un gran experto en transhumanismo. Para abordar la controvertida cuestión de la mejora tecnológica de lo humano se ha inspirado en la filosofía de la técnica de Ortega, que conoce muy bien, puesto que en 2015 reeditó con Javier Zamora Bonilla la *Meditación de la técnica* (Madrid, Biblioteca Nueva). Al hilo de aquella reedición, Diéguez publicó en esta revista un interesante artículo titulado “La acción tecnológica desde la perspectiva orteguiana: el caso del transhumanismo” (*Revista de Estudios Orteguianos* 20, 2014, pp. 131-153), donde anticipó las ideas que luego amplió en su bien conocida obra *Transhumanismo: la búsqueda tecnológica del mejoramiento humano* (Barcelona: Herder, 2017).

Ese libro ha tenido muy buena recepción en el panorama filosófico hispano-hablante gracias al profundo conocimiento del tema que Diéguez muestra, producto de la estancia investigadora de un año que llevó a cabo en el Centro Uehiro para la Ética Práctica,

dirigido por Julian Savulescu. Dicho Centro está ubicado en la planta superior al piso que ocupa el Instituto para el Futuro de la Humanidad, dirigido por Nick Bostrom. Ambas instituciones han tenido un papel muy importante en el desarrollo del transhumanismo a escala internacional y en ellas obtuvo Diéguez información de primera mano, proporcionada ante todo por Savulescu, pero también por Anders Sandberg –colaborador de Bostrom en el Instituto para el Futuro de la Humanidad. Tras esas conversaciones personales en Oxford con famosos transhumanistas, Diéguez publicó varios artículos y mantuvo interesantes debates con otros expertos en ética y filosofía de la ciencia y de la técnica, por ejemplo con Alfredo Marcos, catedrático de la Universidad de Valladolid. En su libro *El fin del hombre* (2002) Fukuyama había atacado al transhumanismo invocando una concepción esencialista de la naturaleza humana. En su obra de 2017, Diéguez cuestionó ese tipo de defensas del humanismo y reafirmó la idea de Ortega de que el hombre no tiene naturaleza, sino historia. Desde la perspectiva orteguiana de Diéguez, en lugar de debatir sobre lo que pudiera ser una eventual *nueva naturaleza transhumana* sería preferible analizar histórica y críticamente el movimiento transhumanista, mostrando sus aciertos, pero también su complejidad y sus insuficiencias. Por su parte, Marcos defendió la pertinencia de la noción de naturaleza humana, aunque desde presupuestos

Cómo citar este artículo:

Echeverría Ezponda, J. (2021). El transhumanismo desde una perspectiva orteguiana. Reseña de “Transhumanismo: la búsqueda tecnológica del mejoramiento humano”, de Antonio Diéguez. *Revista de Estudios Orteguianos*, (42), 191-195.

<https://doi.org/10.63487/reo.142>



Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

Revista de
Estudios Orteguianos
Nº 42. 2021
mayo-octubre

aristotélicos, muy distintos a los de Fukuyama. Diéguez ha contrastado asimismo su interpretación del transhumanismo y del post-humanismo con otros muchos autores, como queda claro en los dos libros que estoy comentando, en los que aparecen múltiples referencias a los principales expertos internacionales en el tema.

En efecto, Diéguez acaba de publicar en 2021 un nuevo libro sobre esas cuestiones, titulado *Cuerpos inadecuados: el desafío transhumanista a la filosofía* (Barcelona: Herder, 2021). La lectura de estos dos libros de Diéguez es muy recomendable para quien quiera conocer con detalle las polémicas actuales sobre transhumanismo y post-humanismo, porque el filósofo malagueño introduce precisión conceptual, finura intelectual y buenas dosis de estima por “lo humano”, con toda la complejidad y variedad que esa entidad ha mostrado a lo largo de la historia. Ambas obras tienen rigor académico y alto nivel filosófico, propio de un pensador en plena madurez, cuya trayectoria futura conviene seguir. Diéguez mantiene en ambas obras un decidido compromiso con el humanismo de inspiración orteguiana y por eso recomiendo a los lectores de esta revista que le lean. Además de hacer una exégesis atinada del pensamiento de Ortega sobre la técnica, Diéguez actualiza ese pensamiento y lo traslada a temas y debates actuales. Su aportación es importante.

Ya al comienzo de su artículo de 2014 en la *Revista de Estudios Orteguianos* Diéguez había comentado que “no deja de ser algo desazonador que la filosofía de la técnica elaborada por José Ortega y

Gasset, fundamentalmente en su libro *Meditación de la técnica*, pero también en otros trabajos menores (y mayores), haya recibido tan poco reconocimiento comparativo, incluso entre algunos estudiosos de su pensamiento” (Diéguez 2014, p. 131). Volvió sobre esa reflexión en su libro de 2017 (p. 165), donde comparó el pensamiento sobre la técnica de Heidegger con el de Ortega, decantándose claramente a favor del filósofo madrileño. Así mismo aludió a varios autores que han estudiado la contraposición entre Ortega y Heidegger, como Cerezo (1989), Regalado (1990), Dust (1993), López Peláez (1994), Atencia (2003) y el propio Diéguez (2013), pero interpretando esos debates en el contexto del transhumanismo y del posthumanismo, lo cual le permitió mantener una postura original y sugerente. Según Diéguez, “frente a la posición nostálgica de Heidegger, Ortega asume con decisión el hecho inevitable de nuestra condición técnica” (Diéguez 2017, p. 170). También destacó el vínculo orteguiano entre la técnica y la capacidad humana de ensimismarse, punto este clave para afirmar el humanismo y para criticar al transhumanismo, cuya defensa de la intimidad humana brilla por su ausencia. Todos los seres vivos construyen sus respectivos nichos ecológicos donde vivir, pero los humanos los construyen gracias a sus saberes técnicos, “reformando a la naturaleza en vista de la satisfacción de sus necesidades” (*Idem*). Esas necesidades dependen de las circunstancias, las cuales son cambiantes en cada época de la humanidad, y en cada cultura. Por tanto, las técnicas forman parte de la *razón histórica* propia de los seres humanos.

Para promover el humanismo se requiere una reflexión a fondo sobre la técnica, algo que hizo Ortega, no así los transhumanistas. Estos creen en la condición salvífica de las tecnologías, pero sin haberlas puesto mínimamente en cuestión. Creen que es posible “mejorar la especie humana” hasta el punto de hacerla casi inmortal, prologando la esperanza de vida indefinidamente mediante prótesis y tecnologías rejuvenecedoras. Según Diéguez, el éxito del transhumanismo proviene de su promesa de inmortalidad por vía tecnológica. Diéguez entró a fondo en 2017 en los argumentos de destacados pensadores transhumanistas y puso en evidencia sus insuficiencias, que ciertamente son varias. En particular, criticó esa falsa promesa de inmortalidad, totalmente inviable hoy en día, y quizá también en el siglo siguiente.

En su nuevo libro, *Cuerpos inadecuados* (2021), Antonio Diéguez recopila artículos suyos publicados recientemente en diversas revistas especializadas. Sin embargo, esta segunda obra tiene una profunda unidad, al igual que la primera. Se lee con facilidad y da pie a muchos temas de reflexión, varios de ellos de gran envergadura filosófica. Está bien escrita, ciertamente, pero, además, su autor sigue un hilo argumental claro que ciertamente le permite ser crítico con el transhumanismo, pero también ponderado. Diéguez presta atención a los argumentos de otros, razona y dialoga:

El debate sobre estas cuestiones ha solido estar centrado en las posiciones extremas, la de los detractores radicales y la de los defensores

entusiastas, mientras que otras posiciones intermedias o moderadamente críticas (con las cuales, por cierto, me identifico) han quedado en segundo plano, a pesar de que serán posiblemente las más fructíferas en el futuro como base para establecer regulaciones legales (Diéguez 2021, p. 43).

En esta reseña no comentaré a fondo sus aportaciones y, tras esta visión panorámica, me limitaré a subrayar la presencia de Ortega en la obra de Diéguez. La introducción a su nuevo libro termina así:

Cuando Ortega, en los años treinta, siendo entonces uno de los primeros pensadores en hacerlo, puso a la técnica entre las preocupaciones centrales que debía afrontar la filosofía y predijo su importancia creciente es probable que no llegara a imaginar que ese sería realmente el tema de nuestro tiempo (*Ibidem*, p. 11).

Dicho de otra manera: Ortega fue un pionero, y hoy en día sigue siendo un importante precursor de la filosofía actual de la técnica, puesto que su pensamiento sigue teniendo vigencia. Los planteamientos orteguianos, convenientemente reinterpretados, permiten reflexionar crítica y serenamente sobre temas tan candentes como la mejora de la especie humana y la desaparición de la muerte. Diéguez también analiza acertadamente otra dimensión del transhumanismo, la computacional. Hay quienes creen que la ingeniería genética es la herramienta necesaria para el bio-mejoramiento del cuerpo y de la

mente humana, llegando a afirmar, incluso, que “la unión con la máquina sería el estadio final al que debería aspirarse” (*Ibidem*, p. 21). Pues bien, tras analizar los argumentos de los transhumanistas, la conclusión de Diéguez es clara:

Si alguien me preguntara, yo diría que no creo que en un futuro previsible vayamos a tener una superinteligencia artificial que quiera dominar el mundo y que vaya a constituir, por ese motivo, una amenaza existencial para la especie humana. Y no lo creo simplemente porque lo que sabemos sobre la inteligencia artificial no da mucho pie para creerlo. Una situación de ese tipo es por ahora pura ficción y hay una posibilidad bastante grande de que, a pesar de los avances rápidos en este campo, que desconciertan a los propios expertos, lo siga siendo por un tiempo indefinido. Por el momento, lo que tenemos a nuestra disposición son máquinas que despliegan una gran inteligencia para realizar tareas muy específicas, es decir, tenemos *inteligencia artificial particular*, estrecha o concreta (...) No tenemos tampoco, ni remotamente, máquinas que tengan autoconsciencia, entre otras razones porque no sabemos qué es la consciencia, y menos aún cómo crearla (p. 22).

He aportado esta larga cita porque muestra bien el tono reflexivo y mesurado de Antonio Diéguez, muy característico suyo. Él aborda temas candentes y comenta con detalle a otros autores, por ejemplo a Luciano Floridi y a José María Lassalle, cuyas propuestas sobre

la gobernanza de lo digital en principio apoya. Concluye que es necesario elaborar “una ética digital, o una tecnoética, como queramos llamarla, que tenga el mismo peso en el debate público que el que goza la bioética, por mucho que la capacidad de influencia de ésta sea también limitada” (p. 29). Además de esa tecnoética, que ya fue promovida hace años por Ramón Queralto, otro destacado filósofo de la tecnología, lamentablemente fallecido, hay que atender al problema de la gobernanza de la tecnología, como ha afirmado Floridi, y Diéguez con él: “atendamos al problema de la gobernanza, que es donde nos jugamos el futuro” (p. 29).

Diéguez es contrario al determinismo tecnológico y sabe, siguiendo a Ortega, que la historia es producto de acciones y decisiones humanas, no un destino inexorable que lleve a igualar personas y máquinas, como dicen Kurzweil y otros transhumanistas defensores de la hipótesis de la Singularidad Tecnológica. Diéguez muestra con argumentos científicos que, en el estado actual de la ciencia y de la tecnología, la hipótesis de la superación de los seres humanos por máquinas digitales es altamente inverosímil, debido a la enorme capacidad de adaptación de la especie humana, algo que los robots no tienen, puesto que son diseñados para tareas específicas, que ciertamente pueden hacer mejor que las personas, pero sin capacidad para inventarse nuevas tareas y nuevos problemas a resolver.

Para apoyar su argumentación Diéguez aporta, asimismo, documentos recientes de la Comisión Europea, como el dictamen de 2017 del Comité

Económico y Social Europeo sobre la “Inteligencia artificial: las consecuencias de la inteligencia artificial para el mercado único (digital), la producción, el consumo, el empleo y la sociedad”; el análisis en profundidad de la Unidad de Previsión Científica (STOA) dirigido al Parlamento Europeo, de marzo de 2018, titulado “¿Debemos temer a la inteligencia artificial”; la resolución del Parlamento Europeo, de 12 de febrero de 2019, sobre “Una política industrial global europea en materia de inteligencia artificial y robótica”; la comunicación del 8 de abril de 2019 de la Comisión al Parlamento Europeo “Generar confianza en la inteligencia artificial centrada en el ser humano”; y el libro blanco de la Comisión Europea, publicado el 19 de febrero de 2020 con el título “Sobre la inteligencia artificial –un enfoque europeo orientado a la excelencia y la confianza”. Todos estos documentos no aportan todavía una infoética ni una ética digital, pero van en esa dirección.

Su posición final es netamente humanista y orteguiana, como señalé al principio de esta reseña:

El ser humano no es lo central para el transhumanismo, como sí lo es para el humanismo (...) habrá que elegir tarde o temprano entre trabajar en favor de lo humano o en favor de lo poshumano, y los objetivos y los medios no serán en absoluto compatibles. Al contrario, la elección se tornará disyuntiva en algún punto del camino. Trabajar en favor de lo poshumano será a partir de ese momento hacerlo en contra de lo humano, o, en el mejor de los casos, al margen de los intereses humanos (p. 48).

Coincido en esas ideas. Lo posthumano y lo transhumano son modas intelectuales, ciertamente muy publicitadas. Pero la razón histórica es más compleja y refinada que esas vanas promesas de salvación tecnológica.